

apasionantes transiciones estilísticas de la historia de la música: va a ser el indiscutible epicentro de ese largo proceso sísmico del que va a emerger, grandioso, el barroco musical. Desde comienzos del siglo XVII hasta comienzos de la centuria siguiente, a lo largo de un mal contado siglo, Venecia va, no ya a presenciar, sino a constituir el espolón de la evolución musical que conduce desde las formas instrumentales renacentistas hasta las del

barroco final vivaldiano, que deja las puertas abiertas a la inminente definición de las formas musicales del clasicismo.

Pocas veces una sola ciudad en tan breve lapso de tiempo ha sido testigo y artífice de tantos cambios musicales: Vivaldi es el eslabón último de una cadena que no debemos ignorar so peligro de tener una visión parcial e histórica de su música, lo que impediría por completo su justa comprensión y valoración. Ciertamen-

te, si se quiere analizar este complejo proceso evolutivo nada habrá tan práctico y recomendable como situarse en la ciudad de los canales.

El primer concierto del ciclo está dedicado al período veneciano comprendido del manierismo al barroco. El segundo a la ópera y cantata en esa ciudad durante la época de Vivaldi y el tercero a la rivalidad existente entre Benedetto Marcello y Antonio Vivaldi ante la forma sonata.

VIVALDI Y VENECIA

Vivaldi, la eficacia de lo sencillo

Jamás un compositor ha pasado del más absoluto —e injustificado— de los olvidos a gozar, casi sin solución de continuidad, de una popularidad como la que en la actualidad disfruta Vivaldi. Esta popularidad extrema, que ha convertido a las Cuatro Estaciones —ya populares en su época— en la primera «super-venta» dentro del campo de la música clásica, y a los conciertos con música de Vivaldi en un remedo de los conciertos de rock por el entusiasmo y juventud de su público, comienza a tener como reacción inmediata una actitud de infravaloración de la música de Vivaldi por parte del público musicalmente cultivado: la consideración del Prete Rosso como un músico menor, atractivo pero trivial y de escasa importancia. Nada más lejos de la realidad, porque Vivaldi, además de ser uno de

los compositores de mayor vitalidad de la historia —lo que explica el consumo desenfrenado de su música por parte del espiritualmente anémico hombre del siglo veinte—, además de ser un músico sumamente ingenioso y original, desempeña una función clave en la historia de la música, cuya trascendencia sólo iba a ser comprendida por hombres de un talento tan peculiar como el de Juan Sebastián Bach, capaz de interesarse en grado sumo por una personalidad tan antipódica a la suya como era la del Maestro della Pietà. La importancia de Vivaldi estriba en el hecho de haber inventado —o al menos haber desarrollado— el concierto veneciano para solista, lo que significa no sólo el antecedente directo del concierto clásico, sino además el precedente inmediato de la forma sonata. A partir del concierto vivaldiano, el desarrollo de la forma sonata bitemática era ineludible y con ella el desarrollo del clasicis-

mo musical y de sus grandes géneros instrumentales: la sonata, el cuarteto, el concierto, la sinfonía... Si Telemann es el gran pionero del clasicismo en lo estilístico, es Vivaldi el que deja abiertas las puertas a la nueva música en el terreno de la forma, de la estructura musical, y ello mediante una invención tan sencilla como aparentemente empobrecedora: la estructura de ritornelli que domina en sus conciertos.

Una de las claves de la música de Vivaldi es su comercialidad, derivada a su vez de la vocación comercial y el gusto por la espectacularidad —y por la escenografía que define a la ciudad toda— de Venecia. Ante la ya imparable decadencia política y comercial, la ciudad de los canales descubre su nuevo —y por el momento definitivo— medio de supervivencia en la explotación del turismo y en la exportación de sus bienes, que eran en los siglos XVII y XVIII de índole fundamentalmente cultural: la música y la pintura.